

LA VIRTUD OLVIDADA

Parece que los niños de hoy quieren convertirse en adultos cada vez más rápidamente. Pascual Di Pietro, presidente de la Sociedad Italiana de Pediatría, señala: “En diez años de trabajo hemos visto una adolescencia cada vez más “adulterada” en los comportamientos, una disminución peligrosa de la edad en que se empieza a consumir alcohol y tabaco, antesala muchas veces, del salto hacia la droga. Al mismo tiempo, estos juveniles que quieren crecer rápido, permanecen después adolescentes más allá de la edad anagnáfica, en condiciones de eternos hijos, y fuera para siempre de las estadísticas”

Es una generación que físicamente goza de buena salud, pero que muestra crecientes fragilidades psicológicas, en la que aumentan las depresiones y los disturbios alimentarios. Sus alas no se robustecieron. Un gran apuro envuelve todo. Se quiere todo y lo más rápido posible. La vida cotidiana se vive en “fórmula uno”, con el pie en el acelerador.

Grandes y chicos olvidaron aquella gran virtud que se llama Paciencia.

La virtud de la paciencia

No es la virtud de la espera pasiva. Por el contrario, está en el espíritu y el corazón de quienes quieren construir algo coherente y que permanezca en el tiempo. Es la virtud de los padres, de los educadores, de todos los que tienen algo que amar, algo en que ocupar su vida y con quien compartir un proyecto y un ideal.

Tener paciencia es respetar el ritmo del crecimiento. La infancia es un tiempo de preparación específica para ir asimilando las múltiples tareas de la existencia. Los niños aprenden muchas cosas por observación, pero no se puede contar únicamente con esta manera de conocer las cosas. Hay que enseñarles, por supuesto, a vestirse, a atarse los cordones, a lavarse, a cruzar la calle... Pero, a medida que crecen, hay que educarlos para ir asumiendo gradualmente las responsabilidades de la casa, del estudio y de la vida. No con consideraciones casuales, ni con reproches, y mucho menos, con amenazas y castigos expresados en el momento mismo en que los compromisos tienen que ser resueltos. El tiempo para estas enseñanzas tiene que ser parte de la rutina cotidiana. Hoy, sin embargo, cada vez escasean más los espacios para guiar a los niños por el laberinto del aprendizaje para la vida. Los días están llenos de

compromisos y salpicados de las impacencias de los padres y de las rebeliones de los hijos.

Tener paciencia es explicar y repetir.

- Implica esperar.
- Es proyectar por etapas y metas intermedias.
- Es resistir.
- Es acompañar a los hijos hacia la madurez.
- Es saber recomenzar siempre

Los padres pacientes no son los que se sientan a esperar un acontecimiento extraordinario, sino los que viven profundamente la experiencia de la laboriosidad. Los que dedican atención y energía a su tarea educativa, los que desarrollan nuevas experiencias existenciales coparticipando de los proyectos de sus hijos, los que buscan para sí y ayudan a sus hijos a encontrar un significado sabio para el tiempo que les toca vivir.

Bruno Ferrero sdb